nes, ingratitudes, egoismos, crímenes... toda esa repugnante bazofia, en fin, de confusos afectos que rellenan la vida, y que sólo pudo conocer quien, como yo, habita esta boardilla después de haber dormido con un rey... Usted las repasará y, si son buenas, publíquelas; me siento enferma, y por pronto que ese libro aparezca, nunca será antes de que mi historia termine.

—¿Y publicando esas «Memorias»—repuse,—no molestaremos á nadie?

Sonrió tristemente.

—A nadie—dijo;—soy la última oveja de un gran rebaño que ya duerme en paz.

Me fuí llevándome el manuscrito que, con ciertas correcciones, publico á continuación; mucho después y por la novelesca casualidad que conocerá quien siga leyendo hasta el fin, supe que Isabel Ortego había muerto.

Isabel fué buena y si cometió errores, lo hizo inconscientemente, mas no por criminal inclinación de su índole; su vida fué una dilapidación de favores, de caricias, de socorros pecuniarios que repartía con imprevisora prodigalidad: quien supo arruinar á muchos, se dejaba explotar por todos: parientes y amigos; las campanas de la iglesia que su caridad levantó en un pueblo, no doblaron por ella, y como nadie reclamó su cuerpo, aquel cuerpo adorable que costó vidas y ganó millones, su cadáver fué echado á la fosa donde los desheredados, malos ó buenos, se pudren juntos. Yo, que estudié de cercalos méritos de su alma, perdoné sus culpas: perdónalas tú también, lector amigo, por lo mucho que amó...

MEMORIAS DE UNA CORTESANA

I

Madrid 18 Octubre...

Habito un piso segundo de la calle Caballero de Gracia, en la misma acera y muy cerca del Hotel de Roma. Mi casa es un hermoso cuarto con suelos de madera encerada, gabinete rojo, salón azul, cuarto de baño, alcobas estucadas para la servidumbre, luz eléctrica, cocina con grifos de bronce y lavaderos de mármol, pasillos con zócalos de nogal y escalerilla de servicio. Cuando aprecio estos lujos y recuerdo que tengo á mis órdenes dos criadas, un lacayo encargado de servir la mesa y abrir la puerta, y un landó que viene á buscarme todas las tardes, me siento superior á la generalidad de las mujeres.

Desde hace seis meses soy querida de don Felipe Reina, vizconde del Pretil, de quien hablaré más adelante, tan pronto como haya metido entre renglones lo mucho que, á pesar de mi juventud, he visto y vivido.

Tengo veintinueve años, y por lo que varios peritos en psicologías femeninas me han dicho, las confesiones perfectamente francas del espejo y lo poco que fué enseñándome la asidua lectura de algunas obras científicas y de no pocas novelas, me creo capaz de abocetar mi retrato físico y aun mi silueta moral, con bastante exactitud. Soy alta y gallarda, y desde que el marqués de Lágaro se suicidó por mí, visto de negro: negros son mis vestidos, mis sombreros, mis corsés; negros también mis abanicos de pluma y los caballos de mi landó; esto ha creado á mi alrededor una leyenda romántica que no me perjudica, y hasta me llaman «la dama negra» muchos pisaverdes mentecatos que llegaron á ver de cerca el color de mis camisas. Mis manos y mis pies son pequeños, mi talle largo, breve la cintura y las caderas y el seno tan ampulosos y exquisitamente modelados, que más de un amante suspicaz no quiso creer completamente míos hasta después de bien vistos y tocados. Mi cabeza, que el pintor italiano Richardi puso sobre los hombros de Aquiles, en su cuadro «La muerte de Patroclo», merece descripción más minuciosa, porque el semblante, según dicen psicólogos respetables, es huella, reflejo ó fiel trasunto del espíritu; y así el lector reflexivo, acaso llegue á penetrar las honduras de mi alma; alma á ratos ardiente, á veces rabelesiana y escéptica, ora rectilínea y dulce, ora desordenada y bohemia, que ni yo misma entiendo.

Mis cabellos, de un negro intenso y brillante, los he llevado partidos siempre al lado izquierdo, formando dos crenchas desiguales que cubren mis orejas completamente y luego recojo atrás, sobre la nuca, bajo una media luna de brillantes y rubíes, sea cual fuere la moda de peinado imperante: en mi frente, de una amplitud y desembarazo masculinos, las pi-

caras preocupaciones, á las cuales quiero inútilmente sustraerme, van pintando un pliegue vertical que, según Felipe, es la rúbrica ó sello que autoriza y da valimiento y carácter definitivos, al poema elocuente de mi rostro: mis ojos son grandes, de un color ceniciento, que los hace refulgentes en los momentos de cólera como la bruñida lengua de las espadas. Muchas veces, sentada ante el espejo de un armario y con la cara cerca del cristal, procuré traducir la verdadera expresión de mis ojos. ¿Qué dicen? ¿Cuál es el genuíno oriente del espíritu en ellos pintado? Sobre el globo blanco y húmedo, los iris acribillados de puntitos grises, verdean, y su verdor es tan pálido y tan numerosos los borroncillos acerados que por ellos espolvoreó el capricho, que la coloración cenicienta prevalece y se impone, haciendo de mis ojos los más raros, fieros y parladores, que ni yo, ni nadie, recuerda haber visto: en su centro, las pupilas negrísimas arden y fulguran cual si brillasen con luz propia. Ante el misterio de estos ojos mis amantes quedaron suspensos muchas horas, buscando su enigma: por ellos sé las conexiones invariables que ligan su compleja coloración á los diversos momentos de mi espíritu; si me entusiasmo, la noche luminosa de la pupila crece, invadiendo el iris, espantando las salpicaduras grises y glaucas, agoreras de malas pasiones, dando á la mirada expresión inteligente y sin doblez; por el contrario, cuando me irrito, la pupila se encoge, multiplicanse los borroncillos cenicientos y la mirada se torna fria y metálica; y en los dulces momentos de soledad y ensueño, cuando soy muy feliz escuchando una melodía ó abandono mi cabeza despeinada sobre un pecho varonil, surge el color verde, un color verde obscuro que da á mis ojos el aspecto temeroso que tienen los remansos profundos de los ríos bajo el follaje susurrante de los sauces...

Para hablar de los demás detalles fisonómicos, echaré el paso largo: mi rostro es ovalado, la nariz recta y larga; la boca, grande y de labios finos, es catarata copiosa de risas; los dientes son blancos, pequeñines y primorosamente plantados sobre las rojas encías; en el lado derecho del cuello, debajo de la oreja, tengo un lunar; mis pies primorosos constituyen mi orgullo mayor...

Mas, ¿á qué vienen estos pormenores cuando la pintura detallista me aburre?...

Hablaré de mis ojos, que son mi alma, mi pobre alma que quiere y sueña, odia y ama, y que, según las circunstancias, es inocente ó perversa, sin que nada explique el laberíntico enredijo de sus afectos. Yo, que nunca fuí madre y comprendo los trabajos y suciedades que acarrea la crianza de los niños, me fino y desperezco por el hijo de mi lavandera, desde que un día restregó contra mis labios perfumados su baboso hociquillo; lo que me induce á creer que mi corazón y mi matriz se entienden muy mal. Las contradicciones de esta laya podrían contarse por docenas: así, yo, que sería capaz de llorar ante un nido de gorrioncillos abandonados, no temblé disparando un pistoletazo sobre cierto inglés que me aburría; y esta misma hetera, que tanto gasta y que tantos millones ha derrochado neciamente, suele envidiar la suerte de las mujeres campesinas que entregan por las noches el placer de su cuerpo al hombre amado á quien durante el día dieron su trabajo, bregando junto á él en la era ó sobre el surco. Lo que sí puedo afirmar con absoluta seguridad es que mis deseos son tanto más cariñosos, conciliadores y puros, cuanto más honradamente me abismo en los mares sin playas del recuerdo; de donde concluyo que mis ojos, cuando fuí niña, hubieron de ser verdes, perfectamente verdes, como la esperanza sin jirones de la inocencia, hasta que los combates de la vida los endureció, acerándolos, como metaliza y endurece las almas. ¡Oh! ¡Quién pudiera volver á mis pobres ojos, que todo lo han visto, el verdor de los campos; de los campos honrados, con sus fieles amores, sus días de sol, sus colchones de paja, por donde el adulterio no pasa casi nunca.!...

Mas no hablemos de esto, pues el ambiente que me rodea no me desagrada completamente: hay almas nebulosas, tristes, llenas de calofríos y de incertidumbres, que parecen orientadas al norte; otras, en cambio, lo están al mediodía y todo es en ellas luz y calor: mi alma forma en el número de estos espíritus privilegiados: mi gran arte ha consistido, desde que recibí el primer desengaño, en conformarme alegremente con todo.

El espíritu regocijado y mundano que presidió el ornato de mi casa, contrasta poderosamente con mi carácter sentimental y el severo color negro de mis vestidos: no hablaré del recibimiento, adornado por un gran espejo bajo el cual, y dentro de un rectángulo de azulejos, lleno de tierra, crecen dos palmeras enanas; ni de los pasillos, tapizados de papel color azul obscuro, que escorza fuertemente las suaves curvas de las divinidades paganas que adornan los ángulos; ni del cuarto de baño, con suelo tapizado de hule y espejos que multiplican la imagen de mi cuerpo; ni del salón azul, donde los divinos genios de Beethoven y Schubert duermen entre las cuerdas horizontales de un piano de cola: pero sí me detendré en el gabinete, tapizado de rojo, con sus blandas alfombras que acarician los pies, sus jugueteros cargados de figulinas y de retratos, y su chimenea, con su reloj de bronce y sus leños crujientes, que ayudan á soñar; y en la espaciosa alcoba, donde mis bellezas de cortesana sentaron su trono.

Está separado el dormitorio del gabinete por una columna que forma dos arcos artísticamente cubiertos por largos cortinajes de terciopelo carmesí, que barren el suelo como la cola majestuosa de los hábitos sacerdotales: en medio de la habitación está el lecho, profundo y blando, cubierto por una sobrecama de encajes; encima de él, bajo la corona del mosquitero, luce una luz eléctrica; al otro lado, ocupando el principal testero de la habitación, hay un diván sin respaldo y sobre él un espejo donde puedo verme fácilmente desde la cama.

Es la mía una alcoba quimérica como una vista de acuarium: por las paredes estucadas y entre los repliegues de la seda roja que cubre el techo, puse lamparillas eléctricas con formas de lagartos y de diminutas tortugas que parecen moverse entre las hojas de una flora fantástica: en un ángulo, á los pies del lecho, sobre una columna de mármol, hay un ibis de cristal, dormido sobre una pata, y dentro del cual arde otro pequeño foco eléctrico. Muchas noches, el vizconde del Pretil y yo nos divertimos en dejar el dormitorio completamente á obscuras para ir encendiendo, mediante un sencillo mecanismo de llaves, las diferentes luces: de pronto surge en la sombra el ibis, que el espejo reproduce, con sus largas patas y su pico rojo; después se ilumina un grupo de lirios, entre los cuales y suspendido del techo por un hilillo invisible, parece aletear un moscardón, rojo como un coágulo de sangre; y sucesivamente van surgiendo las perezosas tortugas con sus chatas cabezas animadas por dos ojuelos sangrientos de rubíes, y los sigilosos lagartos, deslizando sus cuerpos verdes bajo flores monstruosas, y cuando todas las luces están encendidas, el dormitorio, aunque muy iluminado, aparece bañado en resplandor lechoso y cálido que favorece la satinada blancura de mi piel.

Seis meses hace que duermo en esta habitación: ¿tendré bien estudiados y conocidos todos sus secretos?... El ibis, con su pico rojo y su blanco plumaje, aterciopela las pomposidades de mi cuerpo desnudo; la verdosa coloración de los lagartos le da las brillantes y pulidas apariencias del jaspe, y frialdad marmórea, la blanca luz de los lirios: el encendido moscardón que aletea ante ellos, pinta sobre mi carne vetas sangrientas que excitan los deseos crueles... Un hombre pasaría cuatro noches consecutivas en este santuario y siempre creería hallarse con una mujer distinta; porque el tacto es esclavo de la vista y donde ésta vacila con mentirosas apariencias, aquel se turba. Felipe dice que soy una mujer extraña, y yo así lo pienso: más que en mi

propia belleza, cifro mi orgullo en la desequilibrada originalidad de mi alcoba: durante el día todo en ella es corriente y vulgar; pero de noche el techo parece crecer y las paredes alejarse unas de otras, dando á la habitación dimensiones inmensas; y son extraordinarios, cual visiones del opio, los melancólicos lirios de velada luz, el ibis, inmóvil sobre su pedestal, los lagartos que parecen agarrarse al compacto estuco levantando las cabezas ligeramente como escuchando algo lejano... En un ángulo, bajo una cortina, está la puertecilla del cuartito ropero donde me lavo.

Tales son mis dos habitaciones favoritas: alegres, coquetonas, ventiladas, con muebles cómodos que emperezan el cuerpo y empujan la imaginación suavemente hacia los bosques del ensueño. Todo ríe en ellas; las figulinas de que los jugueteros están repletos, los cuadros, la máscara que abre su desquijarada bocaza de clown sobre la cornisa de un armario. Las imágenes místicas están suprimidas; me repugnan: las Vírgenes, con sus pálidos rostros transidos de dolor, y los Cristos exangües, sólo sirven para recordar que la injusticia y crueldad humanas triunfan siempre.

En mis horas de soledad, especialmente si es invierno, el gabinete constituye mi refugio favorito: la chimenea ayuda á soñar; el vaivén sempiterno del reloj colocado sobre ella y el chisporroteo de la leña que arde en el hogar, producen insensiblemente la evocación de lo pasado; evocación que suele obtener prodigiosa exactitud, pues los fenómenos imaginativos y ópticos se parecen, y así como los edificios vistos á distancia se aprecian mejor que de cerca, de igual modo los recuerdos, considerados desde lejos, se recomponen con más precisión y justeza.

Delante de esa chimenea donde mi galbana andaluza me permite vivir horas incontables de sabrosa pasividad, fué donde concebí la idea de escribir mis «Memorias». Creo que la autobiografía es la labor predilecta de los escritores perezosos: la novela y la literatura teatral, aun en sus manifestaciones más modestas, fatigan la imaginativa con la creación incesante de personajes y de fábulas; como agotan igualmente la voluntad esos graves libros de controversia enderezados á convencer y allegar partidarios en pro de una doctrina ó tendencia; mientras que la autobiografía, especialmente cuando no hay penas irremediables que llorar, refresca el espíritu con el murmullo de las brisas, há tiempo calladas, que orearon la infancia, esponjándolo, reverdeciéndolo, como planta que de pronto recibiese sobre sus hojas tostadas por el sol, llovizna bienhechora: el recuerdo es una burleta que la memoria hace al tiempo, contradiciéndole, venciendo el curso, siempre filante, de su corriente, retrotrayendo lo pretérito; es una especie de rumiación espiritual que nos permite recomponer sensaciones mal digeridas; un recurso, un pobre recurso, que el Destino otorga para dar movimiento y actualidad aparentes á lo muerto, alargando así el espejismo de una vida demasiado breve. Porque, descontando las horas que pasamos durmiendo y que no vivimos, porque el sueño es un ensayo de la muerte, y aquellas que malgastamos desempeñando los mil menudos quehaceres que fatigan y abochornan el espíritu, ¿qué quedaría de nosotros si, según vamos entrando en el mañana, fuésemos perdiendo la memoria de lo que éramos ayer?...

Sentada en un sillón, voluptuoso y blando como una caricia, y con los pies apoyados sobre los morillos del hogar, he aprovechado mis soledades resucitando lo cristalizado, lo eternamente inmóvil, y los callados diálogos de mi pensamiento formaban con el fuego que cruje una melopea extraña que favorecía la evocación. Como en mi elegante chimenea de cortesana, los leños chisporroteaban bajo la ancha campana de la cocina paterna: he oído el «ritornelo» melancólico y dulce de viejas tonadillas infantiles, y escuchado la canción de una fuente que con su curso entristecía el ánimo de las solteras soñadoras, y gozado de nue-

...ejecuté al piano una melodía de Schubert... (Pág. 10)

vo el penetrante aroma de un rosal que crecía agarrándose á las grietas y salientes de un viejo paredón, y que probablemente ya se habrá secado...

Sí, recordemos: los recuerdos son como brazos que nos levantan del suelo, que nos mecen; entre ellos nos reconocemos pequeñines y débiles; ¡y es tan dulce, sentirse niña de cuando en cuando!...

22 Octubre.

Al hablar de mí y de mi casa, no dije nada de Totó; Totó es un gato negro, de piel fina y lustrosa, un excelente compañero que me conoció pobre y bajo cuyos ojos amarillos han pasado todos mis amantes: á Totó le quiero y le respeto; es un ser superior, perezoso y altivo: nunca cazó un ratón, contenido por el ímprobo trabajo de alargar la garra; quien una vez le molestó, no espere recibir en el cuello el cosquilleo de sus bigotes perfumados. Además, Totó es psicólogo; la experiencia me ha probado que los hombres de quien él huye y desconfía, no son buenos.

Esta mañana madrugué pensando ir á casa de mi amiga Leonarda Cadenas, para llevarla á dar un paseo en coche por los alrededores del Hipódromo. Con este propósito me bañé inmediatamente luego de levantarme y almorcé temprano. A los postres llegó Felipe Reina, el viejo y cariñoso amo, que subvenciona abundantemente todas mis necesidades y tiene, por ello, derecho pleno sobre mí.

—¿Dónde vas?—preguntó.

—A casa de Leonarda.

—¿Tan temprano?

—El coche vendrá á buscarme á las dos.

—¡Bah!... ¿Qué importa? Que espere.

Felipe, con sus cabellos blancos y su rostro afeitado, me inspira un cariño perfectamente filial; pero tan valedero y legítimo, que ni por asomo mi independiente condición piensa rebelarse contra el dulce yugo de sus blanduras. Su suave protesta, por tanto, fué orden para mí. Ibsen llamó á los lupanares «casas de muñecas.» Las mujeres, en efecto, somos verdaderas muñecas; una superfluidad

social, un juguete lujoso que sólo sirve de pasatiempo y recreo. ¿Qué vale nuestra voluntad luego de vendida por dinero ó á trueque de una bendición?... Disfrutando por anticipado las higiénicas impresiones de un buen día de sol, nos vestimos, nos cubrimos el seno de encajes, nos rizamos el pelo... y el amante ó el marido llegan de pronto y con dos zarpazos nos despeinan y nos desnudan, deshaciendo en un santiamén lo que compusimos á fuerza de coquetería y de paciencia.

Esto me sucedió con Felipe; vino á verme á las dos menos cuarto y no sabía cómo entretener los setenta y cinco minutos que faltaban hasta las tres.

—A esa hora—dijo—me iré; están esperándome en Bolsa.

—¿Y mi paseo?

—Lo retrasas un poquito ó lo aplazas para otro día.

Sus viejos ojos me miraban llenos de dulzura, humedecidos por una caballeresca emoción de súplica. Mi obligación era complacerle y cumplí mi deber, divirtiéndole, cual si hubiese estado aguardando impaciente su visita: ejecuté al piano una melodía de Schubert, cerré herméticamente las ventanas, corrí los cortinajes y fuí encendiendo paulatinamente las luces de la alcoba; luego me desnudé, mostrando por entre los negros encajes de mi bata las blancuras lapidarias del seno...

Cuando se marchó eran las cuatro; ¿dónde ir á esa hora?... Ordené á Fabián que despidiese el coche y me puse á escribir: Totó, acurrucado sobre la mesa, cerca del tintero, observa el nervioso garabateo de mi pluma; y observa atentamente, como acechando el momento en que deslice su nombre en mis «Memorias»...

Nací cerca de Sevilla, en un pueblecito situado á la derecha mano de la carretera que conduce desde la capital á las ruinas de Itálica, y tan cerca del Guadalquivir, que algunas de sus casas se retratan tembleteando sobre el movedizo cristal del río. A mi padre le llamaban don Miguel y era un hombretón de nariz aguileña y torvo mirar, con grandes mechones de pelo rubio que le cubrían las sienes y la frente: trataba en caballos y tenía merecida fama de guapo; hablaba poco, no se quitaba nunca el ancho sombrero; un chirlo que cortaba su boca oblicuamente de derecha á izquierda, endurecía su rostro. Mi madre era pequeña y morena, y como buena andaluza, extremadamente tolerante y cariñosa para sus hijos: jamás supe cómo ella y mi padre se conocieron, ni si su matrimonio saldó alguna deuda de honor; lo cierto es que en aquel hogar la voluntad del hombre era omnipotente y que mi madre, lejos de reclamar sus derechos y los motivos que indudablemente tenía para rebelarse contra muchos atropellos y desafueros, temblaba ante su marido como rama rota bajo la presión flageladora del viento. Fuimos dos hermanas; la menor se llamaba Milagro y como era siete años más joven que yo, me acostumbré á ejercitar sobre ella la desdeñosa autoridad con que tratan á las niñas pequeñas las zagalonas que ya aprenden á mirarse de reojo en los espejos.

Las imágenes que conservo de aquellos tiempos son incompletas: recuerdo vagamente el aspecto de mi casa, con su salón rodeado de viejos muebles y presidido por una Virgen metida en un fanal; y la cocina, grande y obscura, bajo cuya ancha campana se reunían todas las noches el aparcero, su mujer y sus cuatro hijos, que volvían del campo con la cara y los brazos renegridos por el sol, y la hoz ó el rastrillo en la mano: después llegaba mi padre haciendo sonar contra el suelo sus espuelas de plata, y se sentaba á la derecha del hogar lanzando un suspiro de gigante cansado: luego cogía á mi hermana, sentándola en sus rodillas, permaneciendo inmóvil, absorto ante los leños que ardían: nadie hablaba sin permiso suyo; yo misma no me atrevía á desplegar los labios, y aun me parece ver su enérgico perfil recortándose sobre el muro...

Como mi padre no tenía tiempo para

gobernarme y mi pobre madre jamás supo imponer su voluntad, llegué á los ocho años sin saber leer ni escribir, corriendo tras las gavillas de segadores y al encuentro de la diligencia que dos veces por semana venía de la capital, y siendo ducha como una salvaje en el primitivo arte de coger nidos y cazar pajarillos con trampas que yo misma inventaba.

Recuerdo que todo me maravillaba y que los incidentes más nimios seducían mi atención: en la iglesia pasaba muchas horas, presa en el fresco misterio de sus naves obscuras; además, un prurito insaciable de amor inundaba mi alma; ponía cariño en las personas, en los objetos, en los árboles, en los caminos; más de una vez, recorriendo el pueblo, interrumpí mi paseo fluctuando entre dos calles que me eran igualmente simpáticas. Las flores, especialmente, me embriagaban con su aroma y la coloración intensa de sus pétalos; las creía inteligentes, buenas y capaces de comprenderme, y como la desdichada heroína de Sudermann «los zarzales de rosas me parecían princesas encantadas; los tornasoles, sacerdotes revestidos de hábito talar, y las dalias vírgenes, polacas con papalinas rojas...» Las flores eran amigas mías, sólo ellas conocían mis pequeñas cuitas, recibiendo las revelaciones que yo las confiaba á media voz; luego me aconsejaban y yo parecía libar sus palabras acercando á sus cálices perfumados mis labios rojos. También adoraba mis ojos y mis pies, sobre todo mis pies, que lavaba con agua de Colonia... Por las tardes, cansada de cazar grillos y de correr bajo el sol de la era, volvía á mi casa y era taladrante y dulcísima la emoción de frescura y de paz que experimentaba al penetrar en la amplia cocina donde mis padres y mi hermanita Milagro me esperaban; era una impresión que recuerdo vagamente y que más tarde, á pesar de haber vivido en hoteles lindísimos, no he vuelto á sentir. Al verme, mi padre fruncía el entrecejo con un gesto amenazador en él habitual, aunque estuviese de buen temple; me atraía hacia sí, me colocaba entre sus rodillas, me besaba la frente...

—Esta chiquilla—decía—es una bestiezuela; ni sabe leer, ni aprenderá nunca... y como yo no tengo tiempo de habérmelas con ella...

Luego examinaba mis vestidos, hallándome siempre sobradamente rota y sucia: mis ropitas estaban jironadas, mis pantorrillitas acribilladas á arañazos, los zapatos no me duraban ocho días. Mi pobre madre, sintiendo la alusión mortificante que estas observaciones envolvían para ella, se disculpaba asegurando que yo nací voluntariosa, independiente y vagabunda por temperamento, y que nadie podría enderezarme por buen camino. Entonces mi padre hablaba de Rosario, una hermana suya casada con un esterero que vivía en Sevilla: era necesario enviarme con ellos; en la capital había buenos colegios, y el ejemplo de otras niñas y la falta de libertad me volverían juiciosa. Oyéndole, mi madre quedaba triste, temblando ante la idea de verme partir; y yo experimentaba una emoción ambigua de pesadumbre y contento, representándome las magnificencias de aquella gran ciudad desconocida, cuya Giralda surgía gallarda bajo el cielo azul, sobre una línea ondulante de blancos tejados.

Por fin, mi padre, que logró hacer negocios de cuantía por las ferias de Carmona y Mairena, pudo reunir algún dinero y enviarme á Sevilla.

Mi tía Rosario era una pobre mujer, deformada y embrutecida por los partos y la crianza de seis hijos, todos varones y mayores que yo: su marido, aunque siempre fué trabajador y bueno, se había entregado á la bebida desde que perdió una niña de mi edad, en quien adoraba, y raros eran los días en que no se emborrachaba: afortunadamente, su embriaguez era mansa, dándole por enternecerse y lagrimear por todo. Entretanto, la miseria asolaba aquel hogar, y aunque la pobre Rosario, llena de valor, trabajaba heroicamente, los modestos beneficios de la estereria no bastaban á calmar la sed de mi tío Francisco, borracho y llorón.

Mi llegada fué para aquella desventurada familia como salutífera lluvia de oro, y las setenta y cinco pesetas que mi padre pagaba mensualmente por mi hospedaje y manutención, copiosa fuente de prosperidades y bienandanzas. Desde el primer momento, quedé instalada en la mejor habitación de la casa: un gabinetito con una ventana enrejada abierta sobre la vieja plaza del Pozo Santo. A la mañana siguiente, Rosario me acompañó al colegio, situado en la calle Viriato, tortuosa y callada como un callejón morisco. Entonces tenía yo diez años.

Al verme en los bancos de la escuela codeándome con niñas mucho menores que yo, sentí la vergüenza de mi ignorancia y me dediqué al estudio con provechoso frenesí: tres días me bastaron para conocer las letras, otros tres para unirlas: á la semana siguiente ya formaba palabras, comprendiendo los sencillos conceptos en ellas expresados, y pocos meses después mis padres recibían una carta escrita de mi puño y letra, que les llenó de orgullo y ufanía y que hicieron correr de mano en mano por todo el pueblo.

Las distinciones que mis profesores me dispensaban, las maternales solicitudes de Rosario, que avergonzaba á mis primos presentándome á ellos como espejo de aplicación, intachable conducta y limpieza; las ternuras de mi buen tío Francisco, cuyas borracheras le hacían ver, sin duda, ciertas semejanzas entre yo y su hija muerta, y el respetuoso cariño con que mis padres me trataban, contribuyeron á fortificar la honrada orientación de mi espíritu.

Aquel verano regresé al pueblo, donde debía descansar desde el quince de Julio al día primero de Septiempre, en que las clases se reanudaban.

¡Y qué triste me pareció todo!...

Los ocho ó nueve meses vividos en Sevilla habían bastado para variar mi carácter y mis gustos completamente: mi casa, con su salón presidido por la Virgen, metida en un fanal, y su amplia cocina de campaña, me pareció miserable y pequeña, más pequeña que antes; las flores no me decían nada, mi corazón sufrió el desamparo de los campos; un silencio siniestro gravitaba sobre las calles polvorientas, con sus pobrísimas viviendas herméticamente cerradas, reverberando al sol: las chiquillas que antes correteaban conmigo por la carretera al encuentro de la diligencia, cohibidas por mis trajecillos nuevos, me miraban desde lejos con recelo y respeto, como á señorita á quien ya no podían tutear, y como yo no hice nada por atraerlas, continuaron alejándose, con lo que su pequeñez y mi orgullosa tiesura crecieron; mi madre empleaba conmigo deferencias á que yo no estaba acostumbrada, y hasta mi padre, á despecho de su natural brusco y bastote, me dedicaba miramientos y finezas que jamás usó ni aun con su misma mujer. Indudablemente, yo era un ser extraordinario, nacido allí milagrosamente y á quien su familia respetaba, reconociéndole de superior estirpe. Me hablaban de todo, concediéndome beligerancia para emitir mi opinión, aun acerca de lo más reservado y difícil. Una tarde, mi buena madre estuvo enseñándome cuantos recuerdos conservaba de mí: el primer babero, el primer gorrito, los primeros vestidos, los primeros zapatitos sin tacón y gastados por la punta; yo lo examinaba todo atenta, como mujer hecha que va acostumbrándose á poner cierta distancia entre los diversos momentos de la vida.

Terminadas las vacaciones regresé á Sevilla, donde á los rápidos triunfos obtenidos el curso anterior, añadí otros muy señalados. Es por todo extremo curioso y digno de observación esa revolución ó trastorno psicológico en virtud del cual suele obscurecerse con la edad el pensamiento de los niños precoces y cobrar luz y brío maravillosos las facultades de los que parecían tontos ó alocados. A esto achaco el crecimiento rapidísimo que mi inteligencia obtuvo tras su largo despertar. La fiebre de saber que perdió á Fausto, me dominaba; los libros ejercían sobre mí la atracción fascinadora que poco antes me inspiraron los juguetes, y leí ávidamente cuantos pude haber á mano. ¡Qué hechizo!... Las novelas hablaban de pasiones que la conciencia comenzaba á columbrar vagamente; la historia me enseñó que la humanidad es muy vieja, é incontable el número de sus crímenes, y la geografía abrió á mi imaginación las inmensidades sin dique del espacio. Una serenidad de juicio, impropia de mis pocos años, me permitía apreciar el alcance de tantas y tan diversas lecturas: con los novelistas modernos descendí al fondo del espíritu, acompañándoles en sus difíciles elucubraciones y pareciéndome siempre que mucho les quedaba inadvertido y que yo hubiese podido decir algo más; con los historiadores evoqué lo pasado, llegando al corazón de India con Alejandro y estremeciéndome de gozo cuando la pitonisa de Delfos, empujada violentamente hacia el trípode sagrado por el vencedor de Darío, exclamó, ¡ella, que simbolizaba el Destino!... «¡Hijo mío, nada puede resistirte!...»; y triunfé con César en Farsalia, y asistí en Waterlóo al primer paso definitivo dado por la raza latina hacia su ocaso: y por los geógrafos conocí la mecánica de los mundos y la fuerza que mantiene esos globos resplandecientes sobre la inmensidad del negro vacío...

Mientras el espíritu iba desenvolviendo sus extraordinarias cualidades de asimilación, mis manos trabajaban inútilmente por acostumbrarse al manejo del bastidor y de la aguja: para estas delicadas labores de mi sexo, me faltaban la paciencia y la vista; me pinchaba los dedos, creía con los hombres que esos quehaceres femeninos son pasatiempos propios de niñas ó de mujeres inferiores, y es porque mi almita, aunque pequeña, era de macho.

Aquel verano mi pueblo me pareció más insoportable que otras veces, con sus calles sin empedrar y cubiertas de polvo, y sus palmeras, cabeceando desmayadamente sobre los bardales de las huertas: ni los cloqueos de las gallinas que mi madre criaba en el corral, ni el murmullo de la fuente que antaño me hacía soñar, ni las alquerías blanqueando sobre el verde tapete de los campos, ni el lejano horizonte formando una línea incierta como las pintadas por los muchachos con un carbón á lo largo de las paredes... nada bastó á suscitar en mí emociones poéticas; y era que mi espíritu de niña había muerto y el mundo me cautivaba ya, como atraen desde lejos los grandes planetas...

De vuelta en Sevilla, supe por Rosario las largas ilusiones que su hermano tenía puestas en mí.

—Tu padre—dijo—te destina á señorita: quiere que aprendas á tocar el piano y á parlar francés.

Aquello acabó de trastornarme; me vi encumbrada, triunfando en el teatro ó viajando por Europa casada con un millonario...; no sé qué diabólico espejismo pasó ante mis ojos ni qué disparatadas ambiciones me asaltaron, pero desde luego codicié un porvenir enteramente distinto al que, por mi condición humilde y extremada pobreza, debía aspirar.

Nada diré de los dos monótonos años que siguieron á lo que bien puedo llamar descubrimiento ó revelación de mi destino: baste saber que trabajé mucho, aprendiendo el francés en poco tiempo y que los «Seis estudios» de Liszt, no me asustaban. De mis codiciosos proyectos hablaba alguna vez que otra con mi tía, aunque de modo vago, temiendo la pareciesen excesivos; y más claramente con mi amiguita Gabriela Izquierdo, una trianera muy linda y muy buena, hija de un boticario que vivía á la entrada del Puente. Gabriela, aunque de temperamento sentimental, era, como yo, ambiciosa y visionaria, y hubiera dado risa y pena conocer los disparatados elementos que apercibíamos para levantar nuestra juventud naciente. De tarde en tarde iba á mi pueblo, á donde nada, que no fuese el cariño á mis padres, me atraía, y en el cual llegué á reconocerme completamente aislada y forastera.

A los catorce años yo era casi tan alta como ahora y tenía una voluntad varonil y ojos y morbideces que llamaban la